

ALBERTO CHIRIF

DESPUÉS del CAUCHO



ÍNDICE

Recuento de intenciones	11
Agradecimientos	17
Precisiones editoriales	21
I. TEXTOS DE AUTOR	
Capítulo 1. Las tinieblas del esplendor Alberto Chirif	27
Capítulo 2. La Gente del Centro y los impactos del caucho Jorge Gasché	49
Capítulo 3. Exposición sobre el río Putumayo Avencio Villarejo	79
II. DOCUMENTOS	
Capítulo 4. Tensiones internacionales y persecución a los caucheros	109
Capítulo 5. Leticia en dos tiempos	123
Capítulo 6. El conflicto con Colombia y sus secuelas	151
Capítulo 7. Pucaurquillo, de fundo a comunidad	185
III. TESTIMONIOS	
Capítulo 8. Descendientes de caucheros Emma Villacorta de Morey Nicanor Morey Reátegui Sergio Loayza Víctor Rodríguez	205
Capítulo 9. Los Andoque Zoila Erazo	225
Capítulo 10. Los Bora Oliberio Rimabaqui Miguelina López (con Fernando Portocarrero y su esposa Angélica) Alejandrina Florentina	245

	Sergio Soria	
	Raúl Mosquera	
	Rubén Campos	
Capítulo 11.	Los Huitoto	317
	Santiago Yahuarcani	
	Brus Rubio	
	Rubén Medina	
Capítulo 12.	Los Ocaina	365
	Rogelio Andrade (2005)	
	Rogelio Andrade (2005)	
	Rogelio Andrade (2007)	
	Fernando Montes (2005)	
	Fernando Montes (2007)	
	Guillermo Mogoma (2007)	
	Rosa Andrade (2007)	
	Rosa Andrade (2007)	
	Isabel Andrade (2005)	
	Pablo Andrade (2007)	
	Carlos Vásquez (2007)	
	René Vásquez (2007)	
	Timoteo Andrade (2005)	
	Timoteo Andrade (2005)	
	Timoteo Andrade (2005)	
	Timoteo Andrade (2007)	
Glosario		441
Bibliografía		447
Nota sobre los editores		451



Recuento de intenciones

Este libro ha ido tomando forma en el proceso de su elaboración. Sin embargo, no puedo aplicar en este caso eso de que la carga se acomoda en el camino, porque al inicio ni siquiera sabía cuál era la carga que debería llevar, o tal vez sea mejor decir que ella era muy diferente.

Al principio pensé en una publicación que recogiera historias de vida interesantes de personajes marginales a las convenciones sociales. Pensé en Huerequeque, nacido Enrique Bohorquez, apelativo que nadie, creo que ni él mismo, relaciona con el personaje que de niño escapó de la casa paterna, en la costa norte, como su apodo lo indica, para ir a lavar oro en el Yuyapichis y Rfo Negro, afluentes del Pachitea, antes de convertirse en regatón entre los achuares del Pastaza. A él, Werner Herzog le otorgó un deslucido papel en su Fitzcarraldo, en el que su casi total mudez no hace honor a la riqueza de su experiencia personal y a su verbo imaginativo.

Pensé también en Luis Sisley, sobre el cual había escuchado que descendía del pintor inglés del mismo apellido, que se sumó al clan de los impresionistas franceses de fines del siglo XIX. Pintor también él y tallador de madera, trabajaba sus obras en la calle Tambo, frente a su casa que en realidad no era más que un frontis detrás del cual se erguía una frondosa vegetación de hierbas, papayos y plantas diversas jamás vencidas por machete alguno. Descendía de una rica familia de Pucallpa, donde tuvieron, además de un hotel, una fábrica de aguas gaseosas, y era hermano de la "loca" Sisley, personaje femenino que hace parte de la historia de Iquitos y que inspiró a César Lequerica su memorable cuento *Ese maldito viento*.

Cerraba el grupo inicial de ese libro "El Charapa", ciego y beodo habitante de la cuadra 10 de la calle Pebas, donde vivo, del cual se decía que pertenecía a un pueblo indígena, tal vez huitoto, tal vez bora. Él desataba críticas feroces contra la corrupción de las autoridades políticas e imprecaba al cielo por la injusticia en el mundo cuando recibía la visita de sus "diablos azules", lo que ocurría con frecuencia. Un vendedor de frutas transportadas en triciclo, que había descubierto sus habilidades oratorias, lo reclutó como colaborador. Fue una etapa en la que "El Charapa", megáfono en mano, recorría las calles de Iquitos voceando sus frutas, algo que hacía con extraordinaria gracia: "¡Paltas de Chanchamayo! ¡Ayer tomé desayuno con Gisella Valcárcel (una conocida artista de la TV) con estas ricas paltas!".

Mi demora en iniciar el trabajo hizo que un Huerequeque ya ido no me reconociese la última vez que nos vimos, hace ya unos siete años; y que Sisley desapareciera de la calle donde tallaba sus maderos, sin tener claro cuál es su actual paradero. Hoy una puerta bien cerrada no permite contemplar la selva en el centro de Iquitos.

Después de una búsqueda en la que el acaso jugó un papel importante, encontré a El Charapa, ya no en las calles, sino en el asilo de la ciudad, ciego y agudo

como siempre, pero sin acceso a trago alguno. En este libro está registrado lo que conversamos, por lo que no es necesario ahora que adelante nada.

¿Y qué contiene este libro? Comienzo por decir que ha seguido un rumbo azaroso, como se deduce de lo que hasta ahora he mencionado, que comenzó a adquirir su actual dirección cuando, en 2012, mi colega Fernando Santos, que por entonces realizaba una búsqueda de documentos para una investigación en el Archivo de Límites del Ministerio de Relaciones Exteriores, me dijo haber encontrado escritos que daban cuenta de los esfuerzos (débiles, por cierto, y esto es de mi cosecha) realizados por el gobierno peruano, en 1911-12, para dar con el paradero de los patrones caucheros implicados en los asesinatos de indígenas en la zona del Putumayo. Que si me interesaban, me preguntó. ¡Por supuesto!

El hallazgo de mi colega Santos me hizo repensar el asunto de la publicación y definir su título, *Después del caucho*, para marcar su derrotero y los documentos que debería contener. La historia de El Charapa, como es evidente por la lectura de su testimonio, encajaba bien con esta intención.

¿Cómo definir el comienzo y el final de este camino y, sobre todo, cómo mantener la coherencia en el trayecto?

Un poco en desorden (o muy en desorden) comencé a pensar en la importancia de incluir el informe de viaje al Putumayo del padre Avencio Villarejo, en 1935, publicado en edición facsimilar en 2015 por el Ministerio de Relaciones Exteriores y el Centro de Estudios Teológicos de la Amazonía (CETA), pero sin ningún comentario o glosa que permitiera ubicarlo en su contexto y ayudar a comprenderlo mejor.

El inicio del libro pensé que debería ser a partir de dos textos. Uno de ellos sobre el contexto general, mundial y nacional en el que se produjo el auge de las gomas silvestres; y otro sobre las sociedades indígenas impactadas por la barbarie de los caucheros: ¿cómo eran, cómo se organizaban y, sobre todo, cuáles fueron los estragos causados sobre ellas por personas que, en un afán de enriquecerse, soltaron las amarras de sus maldades y se convirtieron en genocidas? Asumí el primer texto y le pregunté a mi colega Jorge Gasché si se animaba a escribir el segundo, cosa que aceptó.

Esto que yo llamo "plan aleatorio" se enriqueció tremendamente con los aportes de otros dos colegas. Jean Patrick Razon es uno de ellos. Él realizó trabajo de campo entre los Bora del Ampiyacu, a fines de la década de 1970 y comienzo de la siguiente, para su diplomado en Francia. Al enterarse de mi propuesta, me entregó cuatro testimonios inéditos de la misma época, de descendientes de caucheros y de comerciantes de gomas silvestres. Más adelante, me envió tres más, dos de boras (Oliberio Rimabaquí y Sergio Soria) y uno de doña Zoila Erazo, tal vez la última andoque sobreviviente en el Perú, relato verdaderamente dramático por el estilo de su narración, pero sobre todo por lo que transmite. Por su parte, Ludmila Škrabáková, *motu proprio*, puso en mis manos más de 20 relatos, también inéditos, grabados por ella, durante los años 2005 y 2007, como parte de su investigación para diplomarse en la Universidad Karlova de Praga. La mayoría de estos testimonios son de los

ocainas con quienes ella centró su trabajo, aunque hay algunos de boras. Casi todos estos relatos, luego de transcribirlos, han sido incluidos en esta publicación.

Tres de los testimonios recogidos en este libro (Santiago Yahuarcani, Brus Rubio y Rubén Medina) fueron grabados por el director de cine Wilton Martínez, quien realizó, durante el año 2016, la filmación del documental *Memorias del Caucho*, por encargo de la Dirección General de Educación Básica Alternativa, Intercultural Bilingüe y de Servicios Educativos en el Ámbito Rural (Digeibira), del Ministerio de Educación. He incluido sus valiosos testimonios en este libro con autorización escrita de las tres personas mencionadas.

En el avance de la recolección de artículos, documentos y testimonios, este libro ha ido tomando la forma y contenido que hoy tiene. Consta de tres secciones: textos de autor, documentos y testimonios.

La primera sección incluye un artículo mío sobre el auge del caucho y lo que este implicó para la población indígena y para el país que perdió territorios. Jorge Gasché presenta a "las sociedades del centro", es decir, a los pueblos indígenas directamente impactados por la barbarie del caucho, poniendo énfasis en la descripción y análisis de cómo eran antes del auge extractivo y cuáles han sido los estragos que este les causó. El tercero es el informe de viaje del padre Avencio Villarejo al Putumayo, realizado en 1935, que aporta algunos datos importantes acerca de la situación de la cuenca.

La segunda sección está compuesta por documentos que transcribo con breves comentarios míos. Consta de cuatro capítulos: La fuga de caucheros, Leticia en dos tiempos, Conflicto con Colombia y sus secuelas y Pucaurquillo: de fundo a comunidad. Como su título indica, el primero da cuenta de la huida de los caucheros que fueron acusados por el juez Valcárcel de asesinar y torturar indígenas y de las órdenes de captura dictadas por él, que nunca llegaron a cumplirse. Los dos tiempos del segundo capítulo están marcados por la ratificación del Tratado de Límites Salomón-Lozano entre Colombia y Perú, en 1928, y se refiere a acontecimientos que tuvieron lugar en cada una de dichas etapas. El tercero se refiere al conflicto entre ambos países, a raíz de la recuperación transitoria de Leticia por la Junta Patriótica de Loreto en 1932. Esto dio lugar a escaramuzas armadas que afectaron a los indígenas, en especial, por la difusión de enfermedades llevadas por las tropas, y a la destrucción de los establecimientos que los caucheros habían instalado en la margen derecha del Putumayo. El último capítulo aborda el caso de Pucaurquillo, fundo establecido por Miguel Loayza en el río Ampiyacu, con la finalidad de continuar desde allí sus actividades extractivas, utilizando como mano de obra a la población indígena que había trasladado desde el norte del Putumayo. Es un proceso que es importante para conocer lo que hoy día se denomina "comunidad nativa" en el Perú. Una serie de factores contribuyeron a la caída del poder de los patrones y al surgimiento de esta nueva institución gestionada por los propios indígenas.

La última sección, Testimonios, la más nutrida en emociones, recoge las visiones de la propia gente sobre lo que fue el proceso del auge de las gomas, pero

además da cuenta de su situación actual, producto de la herencia de los años de la barbarie cauchera y de sus iniciativas para rearmar sus sociedades. Esta sección está compuesta por cinco capítulos. El primero contiene dos narraciones de descendientes de caucheros y dos de comerciantes de gomas. Aunque los de estos últimos son muy retóricos, sirven para transmitir la ideología manejada por este sector social que aún hoy continúa con su discurso civilizador. Los dos primeros, en cambio, son testimonios de hijos de patrones que no pertenecieron a la clase rica de Iquitos sino, todo lo contrario, a un grupo ninguneado por los poderosos a causa de su extracción social. Sergio Loayza y Víctor Rodríguez, hijos de patrones, peruano el primero y colombiano el segundo, con mujeres indígenas, hicieron sus vidas en el monte con los indígenas y con ellos tuvieron descendientes y compartieron la cotidianidad, lo que no implica que dejaran de beneficiarse de las condiciones de intercambio desigual que establecieron con ellos o que recurrieran también a la violencia del trato.

Los otros cuatro capítulos contienen testimonios de indígenas, uno por cada uno de los siguientes pueblos: Andoque, Bora, Huitoto y Ocaina. No quiero abundar en comentarios sobre estos capítulos ya que al inicio de cada uno de ellos (en el caso de los ocainas) o de cada uno de los testimonios (en los demás) incluyo glosas destacando los aspectos que considero más importantes de ellos. Llamo sí la atención sobre la manera de narrar de la gente y su capacidad de crear un lenguaje que si bien, desde un punto de vista del castellano estándar, puede ser calificado como plagado de errores, estimo que es de una inmensa riqueza expresiva, cargada de belleza e intensidad dramática.

Completa este trabajo una sección inicial llamada "precisiones editoriales", en la que me refiero a los cambios en la escritura que he realizado y algunas otras cuestiones relacionadas con el tratamiento de los documentos; y un glosario al final con la explicación de términos que son usados a lo largo de los textos. He preferido este sistema que la inclusión de las explicaciones entre paréntesis o corchetes a lo largo del texto, a fin de agilizar la lectura. He unificado la bibliografía y la presento al final de esta obra.

¿Tiene sentido este libro?

Cuando estaba a punto de cerrar este trabajo, una pregunta que me daba vueltas en la cabeza y que pensaba haber resuelto, me regresó con fuerza. ¿Tiene sentido escribir un libro como este? ¿Sirve a alguien conocer estos procesos o se trata solo de un ejercicio inútil guiado por la vanidad del autor? Sobre todo, ¿es importante para los indígenas contar con un libro que exponga su propio pasado y sus dificultades presentes para el fortalecimiento de sus sociedades después de los duros impactos causados durante la época del auge cauchero?

Lo que me hizo dar cuenta de que la interrogante no había quedado resuelta fue la pregunta que un viejo andoque le planteó a Manuel Guzmán (1971: 72): "¿Para qué quieren saber historias viejas, cuentos antiguos?", que es la misma que doña

Zoila Erazo le hizo, en 1985 (ver su testimonio en este libro), a Jean Patrick Razon: “¿Por qué quieres saber esto? Son historias antiguas. ¿A quién le van a interesar?”.

Lo que está detrás de estas preguntas es la manera distinta de concebir la historia que tienen los indígenas y los occidentales. Mientras que para estos lo que importa son los hechos, las fechas y la supuesta “verdad objetiva”, para ellos es más importante la dinámica de los hechos y la capacidad de adaptarse a ellos para dar nuevas respuestas ante una realidad cambiante. La historia de lo que pasó, en este sentido, no tiene el mismo valor para ellos que para nosotros.

Aunque no descarto la posibilidad de que yo mismo me mienta o caiga en un engaño por incapacidad de darme cuenta de él, creo que sí es válido escribir un libro como este. Me explico.

Los documentos y testimonios que presento en este libro dejan sin base los argumentos, que en realidad no son más que prejuicios, de quienes repiten que las sociedades indígenas se niegan al cambio, que son sociedades estáticas y se aferran a un pasado arcaico y a prácticas “salvajes”. Con la misma sinrazón, ellos mismos presentan a los caucheros y a actores similares como portadores de la civilización y del progreso, y en el caso particular de Julio César Arana, como un patriota defensor de las fronteras nacionales. Entonces, digo que este libro se justifica si sirve para hacer ver (una vez más, no soy el primero que lo dice) la hipocresía de una sociedad que se reclama occidental, cristiana y civilizada pero que ha llevado, por afán de lucro, a la destrucción de sociedades. Los argumentos civilizadores y de progreso los podemos trasladar al presente en el contexto de las actividades petroleras, mineras y otras que en la práctica expropián a los pueblos indígenas sus territorios y los contaminan, y convierten a las personas en fuerza laboral explotada. Los integran al sistema en la categoría de pobres.

Aunque dudo que la sociedad cambie con relación a los indígenas, considero importante que se le pueda repetir, tantas veces como sea posible, que sus argumentos civilizatorios y de progreso son pura hipocresía. Cuando más voces gritemos esto y lo demostremos con datos y con razones fundamentadas, más contribuiremos a ampliar la conciencia sobre el problema entre personas que hoy están dominadas por la ideología hegemónica.

Pero considero que un libro como este también será útil para los propios indígenas. Existen actualmente estudiantes universitarios de origen indígena en número creciente. Muchos de ellos tienen escaso acceso al aprendizaje de sus culturas y de los procesos que han atravesado a sus sociedades a lo largo de la historia. Proporcionarles testimonios de sus propios paisanos, así como información oficial leída de manera correcta, puede generar una nueva corriente de opinión y ayudarlos a reconstruir sus sociedades.

Alberto Chirif

Iquitos, octubre, 2017

Cuando estaba a punto de terminar este libro, algunas preguntas que pensaba haber resuelto, me regresaron con fuerza. ¿Sirve a alguien conocer estos procesos o se trata solo de un ejercicio inútil guiado por la vanidad del autor? Sobre todo, ¿es importante para los indígenas contar con un libro que exponga su propio pasado y sus dificultades presentes para el fortalecimiento actual de sus sociedades?

Lo que me hizo dar cuenta de que la interrogante no había quedado resuelta fueron las preguntas que dos viejos andoques, un hombre y una mujer, les plantearon a dos colegas: *¿Para qué quieren saber historias viejas, cuentos antiguos? Son historias antiguas. ¿A quiénes les va a interesar?*

Mi respuesta es que sí creo que tiene sentido este libro. Los documentos y testimonios que aquí presento dejan sin base los prejuicios de quienes repiten que las sociedades indígenas se niegan al cambio, que son estáticas y aferradas a un pasado arcaico. Con la misma sinrazón, ellos presentan a los caucheros como portadores de la civilización y del progreso, y a Julio César Arana, como un patriota defensor de las fronteras nacionales. Este libro se justifica si sirve para reafirmar la hipocresía de una sociedad que se reclama occidental, cristiana y civilizada pero que ha llevado, por afán de lucro, a la destrucción de sociedades. Los argumentos civilizadores y de progreso los podemos trasladar al presente en el contexto de las actividades petroleras, mineras y otras que en la práctica expropian a los pueblos indígenas sus territorios y los contaminan, y convierten a las personas en fuerza laboral explotada.

Pero este libro también será útil para los propios indígenas. Existen actualmente estudiantes universitarios de origen indígena. Muchos de ellos tienen escaso acceso al aprendizaje de sus culturas y de los procesos que han atravesado sus sociedades a lo largo de la historia. Proporcionarles testimonios de sus propios paisanos, así como información oficial leída de manera correcta, puede generar una nueva corriente de opinión y ayudarlos a reconstruir sus sociedades.

Alberto Chirif





OFERTA
S/. 80



ENVÍOS
A NIVEL NACIONAL

PEDIDOS:



993 258 125
944 787 051

info@acuedi.org

AL COMPRARNOS

LIBROS

CONTRIBUYES

CON EL DESARROLLO DE NUESTROS

PROYECTOS

WWW.ACUEDI.ORG

